

LA FIGURA Y LA LEGISLACION MATRIMONIAL DE VALENTINIANO I EN LA HISTORIOGRAFIA CRISTIANA COMO PARADIGMA BIBLICO

Elena Conde Guerri
Universidad de Murcia

SUMMARY

This study makes a parallel review of the historical sources, basically those of Christian writers and the biblical Books of Samuel and the Kings, with the intention of demonstrating the existence of a tradition, written and artistical, in relation to King David and which offered a wide range of examples with which to glossar the acts of the Emperor Valentinian I, and in general, the doings of this Imperial family. Special mention is made of the problem of the matrimonial legislation dictated by this Emperor, according to these same sources.

En la versión que las distintas fuentes historiográficas ofrecen de Valentiniano I hay un aspecto que, a nuestro juicio, ha pasado poco más que inadvertido para la crítica y, aunque aparentemente superficial, constituye un punto de arranque para comprender su figura, compararla con otra, y justificar actuaciones de dicho emperador cuyo móvil se presentaba oscuro y, de hecho, representa todavía un problema abierto a nuevas indagaciones. Nos referimos a la somera descripción física que, de un modo casi conceptista, hace Amiano Marcelino de Valentiniano I. Continuator en este sentido de la tradición literaria marcada por Suetonio, y presente también en la Historia Augusta, Amiano gusta esencialmente de retratar psicológicamente a sus césares, deteniéndose en los *vitia* pero también en las *virtutes* específicas que han presidido las diversas actuaciones y política imperiales⁽¹⁾. En el caso concreto de Valentiniano I cuando asume la púrpura imperial frente a los ejércitos en febrero del 364, son la *concordia*, *patientia* y *aequitas* las cualidades más representativas acomodadas evidentemente a la acción

(1) Para una bibliografía completa y actual de Amiano, vid. la Tesis Doctoral, inédita, del Dr. D. GREGORIO CARRASCO SERRANO, *Amiano Marcelino y la sociedad romana en la segunda mitad del siglo IV*. Universidad Complutense de Madrid, 1991.

inmediata que requería un ambiente castrense (XXVI, 2). Más adelante, en XXX, 9, 6, y una vez que ha relatado la muerte del emperador por apoplejía al haberse excitado frente a la embajada de los *Quadi*, Amiano hará un retrato psicológico completo del mencionado César, resaltando enfáticamente como *laudes* la condición de "casto, huyó de la obscenidad y de todo incesto". Este dominio de sí mismo va inmediatamente enlazado por el historiador a determinantes físicos, específicos de Valentiniano, que le individualizan frente a los otros emperadores de este período histórico y que, marcadamente psicósomáticos, explican sus reacciones y, en general, el aire mayestático que parecía emanar su figura. Son textualmente los siguientes: *corpus eius lacertosum et validum, capilli fulgor colorisque nitor cum oculis caesiis, semper obliquum intuentibus et torvum atque pulchritudo staturae, liniamentorumque recta compago, maiestatis regiae decus implebat*. Es decir, la complexión robusta, el cabello brillante y unos ojos verdosos de mirada penetrante, en cierto modo inquisitiva, se entrelazaban a la armoniosa disposición de unos rasgos totales donde imperaba un indudable cariz majestuoso. Este retrato puede ser apoyado, en cierto modo, por la iconografía monetaria y de modo probable por la estatuaria en caso de que el Coloso de Barletta significase una identificación absoluta con dicho emperador.

La citada descripción tiene una extraordinaria importancia porque ha configurado a través de las fuentes que glosan dicho período una impronta de Valentiniano I adaptada a tal estereotipo, si así puede decirse,⁽²⁾ ofreciendo un punto de apoyo que ha servido esencialmente a la literatura cristiana y a las fuentes historiográficas del siglo V ocupadas en la Historia Eclesiástica a lanzarse audazmente, aunque no sin motivos, a la utilización de la Biblia como paradigma de un período histórico muy concreto, el último cuarto del siglo IV marcado específicamente y de modo unitario por la familia imperial Valentiniana. El punto básico de apoyo de semejante arranque lo constituye, en nuestra opinión, el hecho de que también David, futuro rey de Israel, es descrito en la literatura veterotestamentaria de modo muy parecido al de Valentiniano I y también con pinceladas sintéticas pero altamente significativas. Cuando el pastorcillo es presentado por su padre a Samuel, se dice de aquél: "Era rubio, con hermosos ojos y buena presencia". (*I Sam. 16, 12*). El retrato psicósomático se centra, al igual que había hecho Amiano con Valentiniano I, esencialmente en los ojos que son los mejores transmisores de la interioridad de la persona y acompañaban también, en su caso, a un conjunto personal verdaderamente agradable. La similitud entre ambos personajes no es extraña en el paralelismo de las fuentes, máxime que está claro y demostrado el conocimiento por parte de Amiano de los autores cristianos contemporáneos y viceversa, en un ambiente proclive a la reflexión filosófica marcado por la influencia de la escuela de Libanio que, como es sabido, fue frecuentada por notabilísimos autores cristianos⁽³⁾. Volveremos sobre ello, pero adelantamos aquí que la figura y el simbolismo del rey David se hizo extraordinariamente popular en el pensamiento cristiano, como patentiza

(2) De modo muy similar, el *Epitome de Caesaribus*, 45 retrata a Valentiniano como *fuit vultu decens, sollers ingenio, animo gravis, sermone cultissimus, quamquam esset ad loquendum parvus, severus, vehemens, infectus vitii maximeque avaritiae*.

(3) Vid. P.M. CAMUS, *Ammien Marcellin*. París, 1967. G. SABBAH, *La méthode d'Ammien Marcellin. Recherches sur la construction du discours historique dans les Res Gestae*. París, 1978. Esencialmente, cap. VIII "L'empreinte de Libanius".

su aparición ya en la pintura catacumbal, concretamente en el cubículo III de Domitila, en las pinturas de la sinagoga de Dura-Europos, al igual que en sarcófagos, bajorrelieves de puertas de basílicas de las que constituye un buen ejemplo la de San Ambrosio de Milán y, con mayor intensidad, en marfiles, camafeos y piezas de ajuar doméstico con mayor frecuencia a lo largo del tiempo, hasta ser uno de los motivos iconográficos preferidos del arte bizantino. De hecho, David por su gesta frente a Goliath, o triunfo de juventud, representaba la concreción del héroe creyente, heroicidad que se hizo más patente a través de las distintas secuencias de su reinado muchas de las cuales están parafraseadas en la Biblia con un estilo propio de la literatura épica. Y también, como todo héroe, pasó por peripecias y sufrimientos, debidos esencialmente a los celos criminales de Saúl lo cual le convirtió en un modelo casi martirial, al estilo de Abel, Jacob y José, y justificó su éxito iconográfico en la cultura cristiana⁽⁴⁾. Otro ejemplo positivo de la aceptación didascálica de la figura de David puede encontrarse en el tratado *Liber de promissionibus et praedictionibus Dei*, donde se va comparando al rey David en sus polifacéticas aptitudes ya con Cristo, ya simbólicamente con diversos estados del alma. Así, en la parte II, en el cap. XXV se dice "*In David Christum pastorem citharizantem*" y en el XXVI, recordando que David pecó pero luego reparó sus faltas y se arrepintió advertido por el profeta Natán, "*In eodem David, inimicos diligentem, lapsos reparantem*", como ejemplo de redención y esperanza para los pecadores. Es, en suma, un desarrollo completo de la figura del rey pastor-músico-guerrero y gobernante. Es más, quién sabe si impulsado con mayor vigor en ocasiones por la tradición oral que por la escrita, que se apoyaba precisamente en la aceptación de la figura de David, dicho paradigma resurge con fuerza en algunos detalles muy concretos de cronistas bizantinos del siglo XI, cuyo mejor ejemplo lo constituye aquí el de Jorge Cedreno y que deseamos resaltar pues es significativo. Concretamente, dicho autor, cuya obra se llama en versión latina *Historiarum Compendium*, y es un intento de historia providencialista universal desde la creación del mundo hasta sus días, describe a Valentiniano I en el punto 54I como "corpulento, de tez sonrosada, cabellos rojizos y ojos hermosos y ligeramente verdosos, τοὺς οφθαλμοὺς ὠραίους μικρὸν ἐπιγλαυκίζοντας, muchos decían que era igual a David quien, según dice la Escritura, era rubicundo y de hermosos ojos". La cita demuestra indudablemente que, aunque haya sido considerada por algunos no original de Cedreno sino interpolación, estaba viva la tradición que desde época bajoimperial había vinculado a ambos protagonistas⁽⁵⁾.

Conforme al paradigma expresado, nuestro fin no es hablar aquí de todos los aspectos que configuran política, militar y económicamente el gobierno de Valentiniano I, aquél panonio de Cibala, de origen humilde y cuyo padre había sido apodado Funarius como atestiguan las fuentes, sino incidir en los perfiles de su persona en que historiografía y literatura bíblica corren paralelas y que, como dijimos, consideramos im-

(4) Vid. *Le monde grec ancien et la Bible*. Sous la direction de CLAUDE MONDESERT. París, 1984. Interesante para esto, cap. 13, "Premières scènes bibliques dans l'art chrétien". *Le monde latin antique et la Bible*. Sous la direction de JACQUES FONTAINE-CHARLES PIETRI. París, 1985, passim y para la figura de Ambrosio de Milán, pp. 552.

(5) Vid. referencialmente, nuestro artículo "El elogio de Helena, madre del emperador Constantino, en el *Historiarum Compendium* del bizantino Jorge Cedreno". En *Homenaje a Monseñor Victor Saxer*, Città del Vaticano, en prensa.

portantes. Es bien sabido, en efecto, que inmersa en el ambiente ideológico que preside el bajo Imperio cristiano y que se materializa de modo oficial en su legislación, la historia cambia su enfoque y, en su dimensión teocéntrica, camina en línea recta hacia un fin, hacia una meta esencialmente metahistórica donde todo el devenir confluye en Dios y es Dios precisamente quien absorbe, dignifica y justifica acontecimientos de por sí dramáticos, paradójicos o, simplemente, inexplicables por un proceso lógico vinculado a las estructuras temporales y a los complicados resortes de la política pasajera. Cuando algo no se comprende, los esquemas se hacen trascendentes y la Biblia es el Libro por excelencia, el supremo Libro que establece una guía preferencial y, en cierto modo, absoluta, máxime que en este momento ya estaban muy extendidas en las diversas Diócesis las versiones griegas y latinas y corría también, aunque no exenta de problemas, la de San Jerónimo. En este sentido, la dinastía Valentiniana suministró a los autores de las llamadas tradicionalmente Historias Eclesiásticas, y también a otros autores cristianos, como veremos, el ejemplo perfecto para establecer un parangón con algunos libros del Antiguo Testamento que, por su propia naturaleza argumental, constituían la meta ideal, libros en que naturalmente aparecía la figura de David. La elección de la Biblia como historia revelada, como *magistra vitae*, será una verdadera innovación de los autores cristianos. Así pues, Rufino de Aquileya, Próspero de Aquitania, Orosio, Sozomeno, Sócrates de Constantinopla, etc., se acogen casi sistemáticamente a la misma línea en el tratamiento de los Valentinianos, mereciendo Sócrates una consideración particularísima por el dato que suministra sobre el matrimonio de Valentiniano, como luego se explicará, (prácticamente un *hapax* documental) y, por su parte, Ambrosio de Milán por las especiales circunstancias que le vincularon de modo personal a los Valentinianos y sobre todo a Valentiniano II, dicho siempre en las fuentes *iunior*. En nuestra opinión, la referencia implícita que todos ellos mantienen en su versión de los Valentinianos con los Libros de Samuel y de los Reyes es clara. En algunos pasajes muy concretos, como se verá, existe incluso la mención directa y la elección textual del pasaje bíblico adaptado a la historia temporal de dicha familia imperial.

Esta elección parece clara. Realmente, la época de Valentiniano I y sucesores ha sido una de las más dramáticas del bajo Imperio romano. Las Diócesis han estado marcadas por las sublevaciones de los llamados usurpadores pero que, apoyándose en sus ejércitos o en sus seguidores dentro de la corte, se consideraban a sí mismos emperadores legítimos; el problema de las fronteras con la irrupción imparable de las *barbaricae gentes*, ha resultado definitivo; las controversias ideológicas o pugnas entre niceños y arrianos han marcado las tendencias imperiales, y también la discrepancia entre miembros de una misma familia, y sus fricciones con la Iglesia, debatida en el desgaste que suponían las continuas reuniones conciliares; la propia familia Valentiniana, aunque ha sido garante de un poder y estabilidad basados en los lazos de la sangre, lo ha sido por breve tiempo, no más de treinta años (364, proclamación de Valentiniano I - 392, muerte de Valentiniano *iunior*) y la mayoría de los emperadores han muerto de modo violento y prematuramente luchando precisamente frente a bárbaros y usurpadores. Por otra parte, las elecciones conforme a una política endogámica de personas con sobrada capacidad militar que pudieran solucionar el eventual vacío de poder, garantizará que el Imperio llegue hasta el final de siglo. Es el caso de Teodosio.

Hemos optado por recordar ideas sumamente conocidas por los especialistas para ambientar la elección que del rey David y su época han hecho las mencionadas fuentes historiográficas en comparación con la persona de Valentiniano. Si las fuentes cristianas deseaban apoyar la figura y actuaciones de dicho emperador en hechos veterotestamentarios, es obvio que los libros Sapienciales o el propio Génesis, por citar un ejemplo, no les servían. Tenían que ser los libros Históricos y nada mejor que los dos Libros de Samuel y el primero de los Reyes como paradigma de la dinastía valentiniana. En efecto, tras el periodo de los Jueces, Israel se configurará monárquicamente y el primer representante de una monarquía hereditaria, tras el prólogo de Saul (*I Sam. 10*), será precisamente David. La figura de David representará la consolidación de la monarquía, sistema de gobierno que en principio no era grato a Jahvé para su pueblo, pero que parecía el único adecuado para unificar todas las tribus y que posteriormente concretará en la figura de Salomón una etapa de unidad y de apogeo antes del cisma político y religioso⁽⁶⁾. Paralelamente, la familia imperial de los Valentinianos era la primera que representaba, para los pensadores cristianos, la consolidación definitiva de un poder temporal cristianizado de modo progresivo en una legislación también cristiana, tras el paréntesis introductorio de la familia Constantiniana. Comenzando por los propios orígenes de Valentiniano, el paradigma implícito con David no podía ser más acertado. David, pastor e hijo menor de Jesé, de la tribu de Judá y oriundo de un pueblecito tan insignificante y carente de protagonismo como Belén, de donde jamás podía esperarse que surgiera un rey, (*I Sam. 16*), será ungido rey como sucesor de Saúl. En la elección de este muchacho, que se hizo "conforme al corazón de Dios", destaca la profecía de Natán como un prólogo a la expectación mesiánica expresada en *II Sam. 7, 8*, en que el propio Jahvé habla al profeta: "Ahora, pues, así has de hablar a mi siervo David. Así habla Jahvé de los ejércitos: Yo te tomé del pastoreo, de detrás de las ovejas, para que fueras jefe sobre mi pueblo, sobre Israel, y estuve contigo dondequiera que fuiste y exterminé a todos tus enemigos delante de ti ... y será estable tu reino y tu casa para siempre".

De modo similar, la elección imperial de Valentiniano estuvo, en cierto modo, presidida por la sorpresa. Aun rigiendo un batallón de caballería en años de Juliano

(6) Interesa aquí el contenido histórico de dichos Libros, con independencia de los problemas cronológicos y de crítica textual que conllevan su confección y transmisión y que no son pocos. Aunque existía una antigua creencia de que los Libros de Samuel los escribió el propio profeta, es muy probable que el núcleo original se fijase por escrito poco después de los sucesos que narra, añadiéndose después compilaciones de otras fuentes lo cual explicaría las indudables anomalías de detalle que se observan en su narrativa. Su redacción definitiva pudo realizarse durante la cautividad de los judíos en Babilonia (-587) o poco antes, ya que el pueblo hebreo necesitaba en su opresión por Nabucodonosor recordar que Jahvé, el Dios de sus padres, jamás había faltado a sus promesas y les había tenido siempre como pueblo elegido. Similar cronología para la redacción definitiva puede darse de los Libros de los Reyes. Agradecemos a este respecto las indicaciones que nos ha dado D. ANTONIO GOMEZ-COBO, O.F.M., Prof. del Instituto Teológico de Murcia. Como bibliografía fundamental al respecto: L. ARNALDICH, *Biblia Comentada, II. Libros históricos del Antiguo Testamento*, Madrid, 1961 (BAC). *Comentario Bíblico "San Jerónimo"*. Tomo I, Antiguo Testamento. Dirigido por R.E. BROWN-J.A. FITZMYER-R.E. MURPHY. (Trad. española Edit. Cristiandad.) Madrid, 1971. Otra versión diferente se ofrece en *Introducción crítica al Antiguo Testamento*, publicada bajo la dirección de H. CAZELLES. Barcelona, 1981 (Herder) donde se dice que la cueva IV de Qumrán ha proporcionado numerosos fragmentos hebreos del Libro de Samuel que podrían fecharse en el s. III o en el II a.C., existiendo así dos formas distintas del mismo texto. Vid. p. 310 ss.

(*Am. Marc. XVI,11,6*), y destacando siempre por su gran capacidad militar bajo Joviano, nada predecía indefectiblemente que éste último sería sucedido por Valentiniano quien podía haber muerto, por ejemplo, en la rebelión militar protagonizada en Milán por Malárico. Sin embargo, se salvó debido a la intervención de su *hospes* Primitivo, como si hubiese sido reservado por alguna premonición, e inmediatamente después será nombrado tribuno de la segunda división de *scutarii*. Con este cargo, será proclamado de modo unánime por las tropas sucesor de Joviano en Nicea de Bitinia. (*Am. Marc. XXVI,1. Prosp. Aqu. 732. Soc. IV,1. Soz. VI,6*). Sin embargo, y a decir del mismo Amiano en el p. 4 del último pasaje citado, corrían otros nombres como candidatos preferidos para la púrpura imperial: el de Equicio, tribuno del primer escuadrón de *scutarii*, y el de Enero, intendente de los ejércitos del Ilírico y *adfinis* de Joviano. Los jefes principales, finalmente, no se adhirieron a la elección del primero por "su carácter áspero y agreste", arguyendo en contra del segundo que "a la sazón, estaba demasiado lejos". No obstante, y a pesar de que en ese momento Valentiniano tampoco estaba en Nicea sino en Ancyra, esto no les hizo desistir y se le llamó rápidamente a la primera ciudad, etiquetada en otros pasajes como *quae in Bithynia mater est urbium*, donde se le impuso la diadema, la púrpura imperial y fue llamado *augustus*. (*Am. Marc. XXVI, 2*). Tras dichos actos, el nuevo emperador dirigió su primera arenga a los ejércitos en la que, a través de Amiano, como expusimos anteriormente, se hace una caracterización imperial con tendencia a la *temperantia morum*⁽⁷⁾. La mentalidad providencialista de los autores cristianos vió realmente en Valentiniano a un elegido, como refleja el pensamiento de Rufino de Aquileya en II, 2 al exponer que "en este emperador cumplió Dios lo que prometió, pues en el presente siglo le dio el ciento por uno ya que recibió el poder imperial quien había abandonado el ejército por Cristo". En efecto, en la consideración de sus buenas cualidades la historiografía cristiana destaca, e insiste, en una *virtus* por encima de todas las demás y que, presumiblemente, Valentiniano I pudo tener fuera de toda idealización. Es su absoluta fidelidad al cristianismo y a la ortodoxia, fuera de toda duda, igual que David se mantuvo siempre fiel a Jahvé incluso en los momentos de penalidades en que, debido a sus pecados, Dios envió la peste a Israel (*II Sam. 24,10 ss*). David, ha sido, esencialmente, un hombre de fe. De forma prácticamente paralela, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto de Ciro y los autores de lengua latina, Ambrosio, Rufino, Próspero de Aquitania y Orosio, narran cómo Valentiniano había abandonado voluntariamente una carrera prometidora en el ejército, τὴν ζώνην ἀποθέσθαι, por amor de la fe, ante la disyuntiva planteada por Juliano de que los soldados debían sacrificar a los ídolos o marcharse para siempre. Pero Juliano nunca aceptó la dimisión de este extraordinario militar, intuyendo que no podía desperdiciarse la experiencia de un hombre, como dice por su parte Sozomeno en VI,6, ἀγαθὸν καὶ τῆς ἡγεμονίας ἄξιον, "bueno y digno del mando". Es precisamente dicho autor quien introduce alguna variante con respecto a la unilateralidad de las fuen-

(7) Desconcertante, en principio, inclinación al equilibrio cuando en otros pasajes las fuentes hablan de su propensión a la cólera y a la excitación. *Zos. IV,1* habla de ὀργή y en este sentido cabe perfectamente su muerte, por un ataque de apoplejía, debido a la excitación que le produjo recibir a la embajada de los *Quadi* según *Am. Marc. XXX, 6* y demás fuentes, en palabras semejantes. En la versión de Amiano está patente, en este punto, la influencia de Libanio y la filosofía de la época presente también en los *optimi principes* de los Panegiristas imperiales, como dijimos poco antes.

tes en esta faceta del modo de ser del emperador. En una ocasión, en Galacia, entrando Valentiniano en un templo pagano en compañía del emperador Juliano, de cuya escolta formaba parte, una gota de las aspersiones que el sacerdote pagano echó sobre los visitantes cayó sobre su vestido y "puesto que era cristiano", textualmente, se rasgó ante la vista del propio emperador la parte de su indumentaria que había sido impregnada y la arrojó lejos. Juliano le tomó desde entonces una animadversión profunda y no mucho después lo condenó a exilio perpetuo a Melitine de Armenia arguyendo, no obstante, que Valentiniano había sido negligente en el entrenamiento de sus soldados, acusación que, esgrimida por Juliano como verdadera, nos confirma el talante liberal y racionalista de dicho César en lo tocante a cuestiones religiosas. La historia siguió su curso y una vez muerto Joviano, Valentiniano será llamado del exilio y ratificado como emperador por el ejército y los magistrados, *omnium suffragio*. Concluyendo, toda la versión de Sozomeno tiende a presentar a Valentiniano como hombre de "extraordinaria piedad y reverencia hacia Dios", antes y después de ser emperador. Actitud religiosa que supo combinar perfectamente con su capacidad para la milicia. En efecto, todas las fuentes vieron en Valentiniano a la persona más adecuada para salvar militarmente al Imperio, cuya situación de fronteras precisaba más que nunca un buen *imperator* y no un intendente como Januario.

Del mismo modo, David será capaz en su momento, una vez ungido, de enfrentarse a Goliath y este hecho significará el triunfo prácticamente definitivo hasta entonces sobre los filisteos, supremos enemigos de las fronteras de Israel. (*I Sam. 17*). En este pasaje, la descripción de Goliath enfundado en "casco de bronce, coraza de escamas, grebas de bronce y blandiendo una jabalina de bronce sobre su hombro", unido a sus seis codos y un palmo de altura, podría ser la imagen perfecta, la imagen universal y literaria del *bárbaro* de frontera, casi inexpugnable. La actividad guerrera de David se mantuvo también prácticamente ininterrumpida a lo largo de su reinado y secuencias como aquéllas en que iba errabundo por los más diversos lugares, huyendo de la cólera de Saúl que le tenía envidia (*I Sam. 19-24*) suministraban también material paradigmático con las campañas de Valentiniano. Saúl perseguía a David pero "Yahvé no se lo entregó a sus manos" (*I Sam. 23, 14*), del mismo modo que Valentiniano I no murió ni en campaña ni de modo violento asesinado por sus enemigos.

El reinado de David se caracterizó igualmente por una pugna continua contra los pueblos enemigos, de frontera, y en el tiempo en que David estuvo como vasallo de los filisteos, que fue más de un año, bajo el mando de su rey Akis, guerreó contra los guesuritas, guirzitas y especialmente contra los amalecitas, los enemigos peores desde los tiempos primeros de Saúl. David, siempre victorioso, devastaba y se apoderaba de sus rebaños y enseres hasta que tuvo que retirarse del pueblo filisteo por la desconfianza hacia él de otros jefes filisteos que influyeron sobre Akis⁽⁸⁾. Las etnias mencionadas demuestran cómo el pueblo hebreo debía estar siempre vigilante, y conservar su idiosincrasia en todos los sentidos, especialmente defendiéndose de los que significaban un atentado espiritual para su monoteísmo. Los Libros citados relatan las campañas gue-

(8) La campaña más dura contra los amalecitas la realizó en represalia por la toma de Siquelag y el rapto de dos de sus esposas, Ajinoam y Abigaíl. David, con tan solo cuatrocientos hombres y guiado por Jahvé, los destruyó sin piedad recuperando todo lo expoliado. *I Sam. 27, 5ss. 29, 30*.

reras con crueldad, sin piedad para los vencidos, puesto que las más de las ocasiones, victoria equivalía a supervivencia. Precisamente luchando contra los filisteos caerán heridos de muerte Saúl y sus tres hijos en la batalla de Gelboé (*I Sam. 31*), durísima, y sus cadáveres serán decapitados y ultrajados. David volvió a abatir victorioso a los filisteos, después, siendo también rey de Judá, (*II Sam. 5, 17 ss.*) pero esto jamás le hizo olvidar el llanto vertido por Jonatán, hijo de Saúl, a quien quería como a un hermano, ya que desde siempre el corazón de Jonatán se había inclinado hacia David, protegiéndole incluso de las iras de su padre: "hizo Jonatán alianza con David pues le amaba como a si mismo" (*I Sam. 18, 3*). David correspondió en su dolor, conocida la noticia de la batalla, y rasgándose las vestiduras en señal de luto compuso una elegía por Saúl y Jonatán⁽⁹⁾. Del mismo modo, paradigmáticamente, los escritores cristianos pensaban en el desastre de Hadrianópolis donde Valente, el hermano de Valentiniano, murió ante la destrucción de los godos en agosto del 378 y su cadáver, ultrajado y quemado, jamás pudo recibir las últimas honras fúnebres y no tuvo un David para evocarlo pues Valentiniano había muerto tres años antes. Es bien sabido que Valentiniano eligió como copartícipe en el *imperium* a su hermano Valente tan solo un mes después de ser nombrado emperador. Resultó la elección menos mala para administrar territorios tan extensos y conflictivos y, en palabras de Zósimo IV,1, se inclinó a él por considerarle el colaborador más πιστότατος de todos los posibles. Es famosa la frase transmitida de modo unánime por todas las fuentes y que pronunció Dagalaifo, *magister equitum*: "si a los tuyos amas, excelso emperador, tienes un hermano. Si al Estado, busca a quién investir". Es decir, se trataba de seleccionar a un hombre de confianza, a pesar de lo cual la política de ambos emperadores no corrió paralela en todo. Si en sus campañas contra los bárbaros ambos son etiquetados como *concordissimi principes* (por ejemplo, *Am. Marc.* en XXVI, 4), la historiografía cristiana evidencia que su modo de conducirse frente a la cuestión religiosa fue muy distinto. Valentiniano, entusiasta niceno, favoreció lógicamente a los suyos, pero no persiguió a los arrianos. Por su parte, Valente en su afán de promocionar sólo a los arrianos, humillaba continuamente a los nicenos. (*Soc.* IV,1). Es una prueba de que las Diócesis de Occidente y las de Oriente jamás tendrían una unidad en materia religiosa, y también por otros motivos se distanciarán cada vez más, así como, estableciendo el paralelismo, David llegó a reinar sobre Judá e Israel pero la unión de ambas tribus nunca fue absolutamente real y el propio Salomón heredará de su padre una sola corona, pero sobre un territorio dualista o bipartito. Por otra parte, estas luchas fronterizas frente a *externae gentes* constituyen también un buen paralelismo entre los hechos de los Valentinianos y los del rey David, y así como aquéllos cayeron frente a los usurpadores en más de una ocasión⁽¹⁰⁾, David perdió a su hijo Absalón cuando éste, habiéndose alzado contra su padre y tras haberse unido a las concubinas de aquél, acto también simbólico que le entronizaba como posible sucesor, fue derrotado por los veteranos de David y Joab le atravesó con sus dardos cuando el

(9) En *II Sam.1* se lee: "Jonatán, por tu muerte estoy herido, por ti lleno de angustia, Jonatán, hermano mío en extremo querido, más delicioso tu amor que el amor de las mujeres". El tono de la composición tendrá, sin duda, su repercusión cuando Ambrosio de Milán escriba su elogio fúnebre en honor del emperador Valentiniano II o *De obitu Valentiniani Consolatio*.

(10) La consideración particular de los llamados usurpadores y la legislación imperial al respecto, problema de por sí con entidad propia, no se toca en nuestra aportación.

príncipe quedó enganchado por los cabellos pendiendo de la encina. (*II Sam. 18*). Son hechos dramáticos que, como se habrá podido deducir, asemejan en la panorámica de la política exterior a ambas familias reinantes y la historiografía cristiana, ya coetánea o posterior a la época, pudo sacar del paradigma bíblico amplia materia de reflexión.

Hay otro aspecto de naturaleza completamente diferente en el gobierno de Valentiniano que tendía a aproximar todavía más Libros Bíblicos e historia presente. De carácter privado, como ya habíamos adelantado, nos referimos a la política matrimonial practicada por dicho emperador. La fuente única es Sócrates de Constantinopla, *HE, IV, 31*, quien introduce la noticia ἰστέον δὲ, con intencionalidad de que debe conocerse, y refiere meticulosamente al segundo matrimonio de Valentiniano con Justina en vida de su primera esposa sin despachar a ésta última. El relato es como sigue. El padre de Justina, llamado Justo, había sido ἐπαρχὴς del Piceno bajo el emperador Constancio y había tenido un sueño en el que se le ofrecía la púrpura imperial desde el lado derecho. Llegada esta visión a oídos de Constancio y temiendo éste que le surgiera como rival en el poder algún hijo de Justino, lo mandó matar. Así, Justina, la hija del difunto, quedó huérfana y permaneció en virginidad. Andando el tiempo, y considerando que su rango familiar la predisponía a ello, Justina entró en contacto con los círculos imperiales y entabló una profunda amistad con la emperatriz Marina Severa, esposa de Valentiniano y madre de Graciano. La amistad entre ambas mujeres creció tanto que se bañaban juntas y en uno de estos momentos, Severa quedó impresionada por la perfección y belleza física de Justina, de la παρθένος Ιουστίνια en palabras textuales de Sócrates, y la encomió tanto a su esposo que éste, haciendo buen uso, aprovechándose de la opinión de su mujer (παμμεσάμενος en lengua griega tiene siempre un matiz de utilidad, muy expresivo en este caso) decidió contraer matrimonio con Justina pero sin repudiar, ἐκβαλὼν, a su primera esposa. Inmediatamente, dictó una ley, νόμον ὑπαγορεύσας por medio de la cual se autorizaba dentro de todas las ciudades del Imperio a que, quien quisiera, pudiera tener dos esposas conforme a la ley. Este matrimonio fue también importante para la sucesión imperial pues de él nacieron Valentiniano *junior*, o bien ὁ νέος, en las fuentes griegas, y tres mujeres, Justa, Grata y Gala. Hemos dicho que esta descendencia fue importante para completar el problema dinástico, pero no insustituible, pues Graciano ya había sido proclamado Augusto por su padre y, de hecho, la gestión política del joven Valentiniano fue paulatinamente reducida a un plano discreto, casi secundario, evidenciándose en las fuentes, como se verá, que su propia timidez, quizá en razón de su edad, le hacía apoyarse frecuentemente en su madre. Sin embargo, las dimensiones de las Diócesis y la complejidad de sus problemas, la casi súbita desaparición de Valente en Hadrianópolis y la muerte prematura de Graciano en 383, en las Galias con ocasión de la insurrección de Máximo, dieron oportunidad a Valentiniano II para protagonizar simbólicamente el primer papel de la familia valentiniana, aunque por breve tiempo. De hecho, su proclamación como Augusto en noviembre del 375, tan solo cuatro días después de la muerte de su padre, como asegura Amiano y fuentes paralelas, constituía todo un símbolo, máxime que debía de asegurarse la lealtad de las legiones del Ilirico. Valentiniano II era tan solo un niño de cuatro años (*Am. Marc. XXX, 10,4*) pero salió adelante apoyándose en Teodosio, hasta su violenta desaparición en 392, también en las Galias, en Vienne, y con motivo del complot

tramado por Arbogastes que favorecía la candidatura imperial de Eugenio quien cayó, finalmente, frente a Teodosio en septiembre del 394. Se ha visto, en consecuencia, que en la familia imperial valentiniana el poder se transmite por vía de la sangre pero es innegable el peso específico de Teodosio, quien ya depositario de la confianza de Graciano, verá posteriormente robustecida su posición por su matrimonio con Gala, hermana de Valentiniano II e hija de Justina. Creemos que esto es importante, los vínculos que contrajo con Justina y cómo llegó a ello pilotado, quizá inconscientemente, por la inteligencia práctica de dicha emperatriz, a decir de la historiografía. Lo veremos más adelante.

Comentemos ahora la extraña legislación matrimonial de Valentiniano que, transmitida sólo por Sócrates, que sepamos, hace todavía más difícil discernir si es una invención o una deformación suya y consciente, o podría haberse fundamentado en alguna disposición imperial o actitud al respecto que se desconozcan todavía. Es bien sabido que la legislación romana repugnaba la bigamia y la poligamia y el principio monogámico fue progresivamente reafirmado por Valeriano, Galieno y Diocleciano: *Neminem, qui sub ditione sit Romani nominis, binas uxores habere posse, vulgo patet, quum et in edicto praetoris huiusmodi viri infamia notati sunt. Quam rem competens iudex inultam esse non patietur. (C.V,V,2)*. En consecuencia, la extrañeza de tal ley ya llamó poderosamente la atención desde el Renacimiento, cuando los diversos estudiosos comenzaron a estudiar sistemáticamente el texto de Sócrates el Escolástico, sin que pudiera deducirse ninguna hipótesis constructiva. A este respecto, se expresa largamente Volterra en un estudio monográfico donde repasa las informaciones de las fuentes a la par que aquéllas de los juristas, intentando conciliar la ley de Valentiniano con la hipótesis de que, aunque en estos momentos del final del siglo IV el emperador es la ley, el sentido de las *iustae nuptiae* había evolucionado progresivamente y el verdadero vínculo se fundamentaba no en el consenso continuado de ambos cónyuges sino en el consenso inicial y, por ello, "*si poteva immaginare l'episodio, vero o falso che fosse, di una legge che permettesse ad un uomo, già unito in matrimonio legittimo, di manifestare nelle debite forme la volontà giuridicamente valida di formare un secondo matrimonio con un'altra donna, senza con ciò sciogliere ipso iure il primo vincolo coniugale. Norma questa che nessun giureconsulto classico avrebbe potuto concepire*". El autor, notando también que esta hipotética bigamia se permitía al varón pero jamás se habría permitido a una mujer tener dos esposos, recalca en sus consideraciones finales que dicha legislación "*si tratta di un vero mistero storico, su cui tutte le congetture sono possibili e legittime*", quedando el problema todavía abierto a nuevas especulaciones, como anteriormente habíamos adelantado⁽¹¹⁾.

En efecto, desde Galerio hasta Diocleciano la ley prescribía una monogamia absoluta y nada se detecta en la legislación cristiana de los Valentinianos y de Teodosio que pudiera refutarla. Es verdad que la solidez e indisolubilidad del vínculo, lo que reafirmaba esta monogamia, se basaba desde siempre en la *adfectio maritalis* y mientras ésta perviviese, permanecía también el vínculo. Si tal afecto se perdía por parte de uno de los cónyuges, el matrimonio como tal se consideraba disuelto al faltar la base prin-

(11) E. VOLTERRA, "Una misteriosa legge attribuita a Valentiniano I "en *Studi in onore di Vincenzo Arangio-Ruiz nel XLV anno del suo insegnamento* Tomo III, pp. 139-154. Napoli, 1953.

cial que comprometía libremente, por propia elección, a la amorosa convivencia⁽¹²⁾. Debe notarse que todos los aspectos relacionados con la mencionada *adfectio* son más difíciles de expresar en las fuentes pues la intensidad mayor o menor de aquella, o su defecto en su caso, escapan en ocasiones a la documentación que suele centrarse en hechos más pragmáticos. Sin embargo, la falta de *adfectio maritalis* puede ser deducible del comportamiento de los esposos, y en el caso de Sócrates, el autor nada dice que induzca a pensar que tal sentimiento se hubiese perdido entre Valentiniano y Severa cuando él encontró a Justina, ni tampoco se arguyen, ni remotamente se adivinan, algunos motivos dirimientes de un matrimonio legal según la legislación, como podían ser, por ejemplo, la entrada de uno de los esposos en un monasterio; el pasar a la esclavitud uno de los esposos; la participación en actividades políticas que indujeran a atacar contra el emperador; el adulterio probado de uno de los cónyuges; la interrupción voluntaria del embarazo por parte de la esposa sin consentimiento del marido; la desaparición del esposo en campaña militar tras un plazo de diez años sin noticias, etc. Por otra parte, en nuestra revisión de la legislación canónica presente en los Concilios del siglo V tampoco hemos encontrado nada que pudiera apoyar la ley de Valentiniano; en ocasiones, algunos autores tienden a retrotraer consciente o inconscientemente disposiciones conciliares propias de sus años a una dimensión histórica anterior pero, al parecer, tampoco éste es el caso.

A Justina deseamos volver nuevamente. En nuestra opinión, y según ha podido verse por el análisis de la fuente, su persona y su matrimonio legal con Valentiniano no resultaban ni siquiera necesarios para consolidar la sucesión por la sangre; Graciano ya estaba, incluso, entronizado y Valentiniano no podía justificar un segundo matrimonio en base a la carencia de hijos varones. Tampoco Sócrates se esfuerza en orientar sus datos en esta dirección. Enfatiza sobre la belleza de Justina colocando como su introducción a Severa, la emperatriz reinante, lo cual no deja de ser paradójico al someter previsiblemente al marido a ser maleable al influjo de una mujer tan hermosa. La atracción y la decisión del emperador parecen contrastar también con el juicio valorativo de Amiano, en que la cualidad *omni pudicitiae castus* le impulsaría más bien a no tomar una segunda esposa, aunque castidad y estado matrimonial sean compatibles. La mencionada paradoja sólo sería explicable en el caso de que Severa hubiera perdido toda *adfectio maritalis* por su esposo o viceversa y, aunque siguieran juntos, su matrimonio sería, de hecho, nulo. Esto nunca lo sabremos con exactitud pero, en tal caso, parece normal que Sócrates no se detenga en especificar algo que, por cotidiano y conocido en muchos matrimonios, no resultaba interesante como *memorable*.

Hay otro dato interesante sobre Justina. La virginidad de Justina, recalcada por Sócrates, parece en entredicho cuando otras fuentes la mencionan como esposa, anteriormente, del usurpador Magnencio. Zósimo en IV,19 nombra a Valentiniano ὁ νέος como "el hijo de Valentiniano que le había nacido de la esposa, γαμετή, que anteriormente estuvo casada con Magnencio", pero sin especificar su nombre. Es el momento en que el niño Valentiniano, como relataba igualmente Amiano, es llamado por Mero-baudes y Equicio, jefes de los oficiales, para tomar la púrpura imperial inmediatamente

(12) Expresamos nuestro agradecimiento, por sus sugerencias en este campo, al Dr. D. ANTONIO DIAZ BAUTISTA, Catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Murcia.

tras la muerte de su padre, para reavivar el simbolismo de la sucesión "temiendo que los bárbaros transpasasen el Danubio en pie de guerra". El niño acude acompañado por su madre. Pero en un pasaje posterior, IV, 43 ss., el propio Zósimo menciona nominalmente a la madre del emperador con motivo de los sucesos que a continuación relatamos. Tras la sublevación de Máximo y su proclamación como emperador de Occidente, y muerto ya Graciano en estos enfrentamientos, la impresión que se tiene de Valentiniano II es la de un muchacho apocado (debía tener unos trece años), presa del miedo que, siempre en compañía de su madre, decide embarcar para Tesalónica. Su indecisión es justificable, naturalmente, por su edad y ofrece una oportunidad extraordinaria a Zósimo para describir el carácter de Justina. En este momento, dice el historiador: "en unión de su madre Justina que antes había sido esposa de Magnencio, como dije, y tras la muerte violenta de este último, fue dada, συναφθεῖσα, al emperador Valentiniano a causa de su extraordinaria belleza"⁽¹³⁾. La razón del viaje a Tesalónica, prosiguiendo, era convencer a Teodosio de que debía de matar a Máximo, el hombre que había ultrajado a la familia de los Valentinianos. Esta proposición, alimentada especialmente por Justina, no fue en principio bien acogida por Teodosio, dubitativo y sin ganas de pelear en ese momento a decir de Zósimo, quien propuso que Máximo podía restituir sus dominios a Valentiniano II en un pacto de circunstancias y firmar la paz. Este proyecto desagradó a Justina quien empleó a continuación una táctica muy diferente, que la delataba como mujer astuta, de gran psicología pero, como dice la fuente mencionada en el cap. 44 del mismo libro, "no era ignorante de los asuntos políticos y conocía también la inclinación de Teodosio a las pasiones amorosas". Por ello, presentó a Teodosio a su hija Gala que era de extraordinaria belleza para excitar la inclinación imperial a un nuevo matrimonio, ya que la primera esposa de Teodosio, Flacila y madre de Arcadio y Honorio, ya había muerto. Justina no se equivocó y la concesión de dicha hija a Teodosio para que fuera su esposa, πρὸς γαμῶν, a petición del propio Teodosio, más la actitud suplicante de Gala que, abrazando las rodillas imperiales, le pidió que no dejase impune la muerte de Graciano quien, textualmente, "le había dado a él, a Teodosio, el Imperio "consiguieron finalmente que se iniciaran los preparativos de guerra contra Máximo quien cayó frente a Teodosio en Aquileya, en 387⁽¹⁴⁾. Como

(13) Flavio Magno Magnencio se alzó contra los hijos de Constantino el Grande y, proclamándose emperador en Autun, derrotó y eliminó al emperador Constante. Sin embargo, fue derrotado y muerto por el emperador Constantino II en la batalla de Mursa, en 351, y acabó suicidándose en la Galia en 353, dos años después. La cronología indica que las secuencias vivenciales más importantes de la vida de Justina, como su unión y su viudedad de Magnencio y su posterior matrimonio con Valentiniano y nacimiento de su hijo, que debió de ser presumiblemente en 370, no están tan próximas y Justina tenía que ser una mujer con la debida experiencia como para afrontar la misión política que le cupo cumplir. Tampoco se dice si tuvo hijos de su primer matrimonio. De cualquier modo, y aunque así hubiese sido, volviendo a recordar a Sócrates, parece casi imposible hacer compatible la condición de virgen con la de esposa, que sólo en muy raras ocasiones aparece en las fuentes concordable con el matrimonio.

(14) En efecto, Graciano había asociado a Teodosio al Imperio en enero del 379 con el título de Augusto. Pensamos que dicha colegialidad estaba preferentemente impulsada por las circunstancias de política exterior y fronteras del Imperio, como decía Orosio en VII, 34 *restituendae reipublicae necessitate*. Podría existir una latente rivalidad entre ambos imperatores puesto que, de hecho, a nadie le gustaba un poder compartido. Del mismo modo, Zósimo dice en IV,24 que Graciano sentía una cierta οὔφρα por su tío Valente y no se afligió demasiado al conocer la noticia de su trágica muerte, eligiendo a Teodosio como asociado al Imperio cuando se percató de que él solo no podía asumir toda la responsabilidad y aquél era experto militar. Esto podría explicar la dilación de Teodosio en decidir aplastar a

consecuencia de la victoria teodosiana, Valentiniano recuperó las prefecturas que le había dejado su padre sin participar prácticamente en la guerra, pues bien pronto fue enviado, por mar y con fuerte escolta, a Roma en compañía de su madre por razones de seguridad. El intento de persecución ideado por Andragatio, a través del golfo de Jonia, resultó fallido. En medio de su recuperada posición de poder, siguiendo textualmente a Zósimo en el cap. 47 del mismo libro IV "siempre estaba con él su madre, que compensaba, en la medida que es posible a una mujer, lo que faltaba al muchacho de discernimiento, φρόνησις, en razón de su edad". Un retrato de Justina, en suma, muy próximo al que nos legaron las fuentes historiográficas sobre Livia, madre del emperador Tiberio, o sobre las mujeres de la familia imperial Severiana, mujeres con capacidad política para guiar a sus hijos adolescentes en los asuntos de Estado.

No mucho más sabemos de Justina por Zósimo y Amiano. Tenía un hermano llamado Constanciano, *tribunus stabuli*, que había luchado en el frente del Éufrates bajo Juliano y murió como consecuencia de unos complots tramados en la Galia contra Valentiniano. Otro hermano suyo se llamaba Cereale. (*Am. Marc. XXVIII, 2,10*). Amiano presenta unilateralmente a Justina como madre del futuro emperador, acompañándole siempre en sus desplazamientos y siendo su tácita consejera. Nada dice de su pasado conyugal ni especifica los vínculos que le unieron a Valentiniano. Debió de morir en el 388⁽¹⁵⁾.

Sin embargo, y a pesar de lo difícil del problema, debe de considerarse otra fuente, no para valorar aquí objetivamente si su información es veraz históricamente, pues el problema sería largo y de naturaleza implícita a la transmisión textual, sino por el testimonio de contraste que puede establecer con respecto a Sócrates. Este había dicho que Valentiniano nunca despachó a la primera esposa, lo cual podría indicar tacitamente (podría, decimos) que existían motivos para ello, pero no los menciona ni tampoco suministra pistas para una indagación. Es en el *Chronicon Paschale, 241 y 243* donde se dice que en el año 369 el emperador Valentiniano se indignó contra la "despoina" Marina (doblete de Severa, según se admite tradicionalmente), honrada como Augusta, porque estaba implicada en negocios fraudulentos sobre propiedades a extramuros de la ciudad, las que había adquirido a precio inferior al que realmente tenían. El emperador la desterró por ello, pero en año 378, ya muerto el marido, su hijo Graciano Augusto llamó de nuevo a la ciudad a su señora madre Marina. Tal actitud, de ser cierta, presupondría automáticamente la disolución del mencionado *adfectio* al tomar la esposa una postura abiertamente violenta en contra del emperador, implicándose en operaciones al margen de la ley y siendo su esposa. Sin embargo, la mentalidad de Sócrates nunca testificó un divorcio sino una convivencia conjunta con la segunda esposa, Justina, que en este caso concreto ni siquiera sería bigamia, en nuestra opinión, pues el primer vínculo matrimonial estaba *de facto* disuelto. La comprensión de Valentiniano I

Máximo, más que un supuesto entendimiento político con él como algunos han aventurado. Igualmente, Graciano también acogió el presumible protagonismo de su hermanastro Valentiniano II con cierto recelo y, aunque acabó aceptándolo, Valentiniano junior ocupó siempre una posición menos relevante, como ya dijimos, y de la que su madre intentaba elevarlo como fuera.

(15) Prosopografía, PAULY-WISSOWA, R.E., Ban X,2. col. 1337 s. Stuttgart, 1919. JONES-MARTINDALE-MORRIS, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, I, Cambridge, 1987. p. 488. Para Severa, idem pero Band XIV, 2, col. 1756 s Stuttgart, 1930. JONES, p. 828.

impulsaría a legislar en el sentido expresado para facilitar, liberalmente, que casos semejantes entre sus súbditos pudieran convivir dentro de una unión legal. Es una hipótesis.

Hay que recurrir de nuevo a las fuentes cristianas para encontrarnos con la otra faz de Justina, la que, naturalmente por ideología, interesaba más a la historiografía cristiana. Justina era arriana, aunque en vida de su esposo Valentiniano se había guardado de ocultarlo celosamente ya que aquél era "ferviente en la fe" (*Teodor. V, 13. Soc. V, 11*). Sin embargo, tras la muerte del emperador comenzó en seguida a adoctrinar a su hijo en estas creencias quien, al ser un adolescente, tenía el corazón totalmente abierto a la influencia materna. El resultado de esta manipulación religiosa no se hizo esperar en el choque con Ambrosio de Milán. Ambrosio, de familia noble, había sido nombrado *praeses* de la Italia septentrional y no era ajeno, por tanto, a la política antes de que fuera nombrado Obispo de Milán. Respaldado por los fieles de su diócesis, que le obedecían y protegían apasionadamente en todo, como testifican las mencionadas fuentes, tuvo que enfrentarse a duras pruebas, como la petición de Justina de que concediese en Milán una basílica para los arrianos. La negativa del obispo (vid. su *De non tradendis basilicis*) produjo la cólera de la emperatriz que urdió todo tipo de estratagemas en contra de Ambrosio, provocando tumultos y queriéndolo, incluso, desterrar confiada en la versatilidad política de su joven hijo. Es Sozomeno (VII,13) quien introduce alguna variante al respecto. Justina se atrevió a acusar a Ambrosio ante su hijo, arguyendo que la había tratado con soberbia e insultos, y Valentiniano, dando crédito, envió tropas armadas a Milán que penetraron en la basílica y quisieron arrastrar preso a Ambrosio. Los fieles rodearon inmediatamente a su obispo protegiéndolo hasta con su vida y estando dispuestos a darla por él. El amor que su pueblo sentía por Ambrosio irritó todavía más a Justina quien, textualmente, "quiso proteger a los suyos por medio de la ley". Osada actitud la de la emperatriz viuda que se interfería así en las competencias propias de su hijo, no demasiado maduro para los asuntos de gobierno y, por otra parte, como veremos, dilecto del obispo de Milán quien había estado frecuentemente en contacto con él, primero desde su cargo de *praeses*, y después y siempre por cuestiones doctrinales, guiándole en la fe verdadera y preparándole para que recibiera el bautismo. Se sobrentiende, por tanto, que la animosidad pasajera de Valentiniano *iunior* contra su querido obispo, ya que el afecto era mutuo, no pasase de enviar aquella guardia a la basílica, influido por su madre. Justina, de cualquier modo, viéndose incapacitada para redactar la prevista νόμος como dice Sozomeno, al objeto de que se implantase la doctrina afirmada en el concilio de Arimino, llamó en su ayuda a Menóbolo quien estaba entonces al frente de los gramáticos de las *scrinia* imperiales, pero éste rehusó la encomienda ya que era seguidor de la doctrina ortodoxa, τῆς καθόλου Ἐκκλησίας, y la emperatriz no pudo convencerle ni con amenazas. Conforme a la actitud ya tópica en la historiografía cristiana, también Menóbolo arrojó su cinturón a los pies de Justina, es decir dimitió de su cargo antes de traicionar su fe. Casi nada más se sabe del futuro de tal proyecto legislativo que, posiblemente, no salió adelante pues el anuncio de la violenta muerte de Graciano paralizó todo y, por otra parte, suavizó las relaciones entre Justina y Ambrosio.

A Ambrosio deseamos volver nuevamente. Su indudable afecto por Valentiniano II y también su exquisito sentido de la diplomacia política, se evidenció cuando el

obispo compuso en 392, año de la injusta muerte del emperador, la *Oratio* fúnebre a la que ya antes habíamos referido. El cuerpo de Valentiniano fue llevado desde Vienne a Milán, por orden de Teodosio, y en la basílica milanesa recibió las correspondientes exequias⁽¹⁶⁾ y Ambrosio pronunció lo que no es solamente un verdadero panegírico del difunto, sino de toda la familia Valentiniana, y que representa también literariamente una pieza original, casi exclusiva, donde el paradigma con el bíblico rey David vuelve a presidir la intencionalidad del Ambrosio literato que por las mismas fechas se entregaba a la exégesis bíblica como única fuente de conocimiento. Sus alegorías de muchos personajes bíblicos son famosas, pues siempre obtenía de ellos una guía para instruir al auditorio y su gusto por David se manifestó también en su *Explanatio in XII Psalmos Davidicos*. No resulta extraño, por tanto, que en dicho discurso fúnebre, en cuyo exordio el dolor por la pérdida de Valentiniano II se agudiza por la de Graciano, todavía reciente, y se compara con los Trenos de Jeremías, la figura del rey David sirva como paradigma ideal en algunos pasajes. Si la Iglesia había sido duramente golpeada en ambas mejillas, con la pérdida dramática de ambos hermanos (*col. 1175*), especialmente se llora ahora la de Valentiniano, el *bonus princeps* adornado con virtudes superiores a su edad, *disciplina, austeritas correctionis, pondus abstinentia, restrictionemque lasciviae*, apoyadas en el precepto evangélico del "yugo suave y la carga ligera". Valentiniano había seguido el ejemplo de David, quien dijo en sus Salmos, XXIV, 7: *Delicta iuventutis meae et ignorantiae meae ne memineris.* (*col. 1177 ss.*) El dolor por su muerte es humano, especialmente el dolor sentido por sus hermanas. Ambrosio lo comparte y lo percibe dentro de sí, al llamar al difunto *dulce pignus meum*. Sin embargo, el dolor debe de ser esperanzado, porque nos sustenta la certeza en la futura resurrección. Al igual que el rey David lloraba desconsoladamente por su hijo (el primogénito de Betsabé) cuando el niño estaba en trance de muerte, pero una vez fallecido cesó en su llanto *quem sciebat esse cum Christo.* (*cols. 1180 ss.*) Tras glosar las restantes cualidades del difunto y consolar a los familiares, el lirismo de Ambrosio le lleva al atrevimiento literario de ir apoyando características específicas del difunto en versos del Cantar de los Cantares, tras lo cual cierra su discurso fúnebre con una oración que es toda una esperanza escatológica: *Te quaeso, summe Deus, ut charissimos iuvenes matura resurrectione suscites et resuscites, ut immaturam hunc vitae istius cursum maturiore suscitatione compenses.*

Al principio de nuestro estudio habíamos planteado la aceptación de la figura de David como paradigma de la de Valentiniano I, por muchos puntos concomitantes en las circunstancias políticas y personales de ambos. Con David deseamos terminar, ahora que se ha visto también la popularidad de su símbolo en Ambrosio de Milán, explicando aquellos episodios de su vida privada que pudieron justificar la bigamia de Valentiniano en Sócrates independientemente de lo ya mencionado. A nuestro juicio, puede ser una hipótesis razonable y justificable dentro de la mentalidad de la época. La poligamia era legalmente inaceptable en la sociedad romana, como se ha visto, pero no en la bíblica. El Antiguo Testamento no veta la poligamia, porque el pueblo elegido se veía en la necesidad, casi imperiosa, de reproducirse, de no extinguirse frente a los pueblos politeístas que le rodeaban al objeto de ir transmitiendo intacta la fe y la doc-

(16) J. ARCE, *Funus Imperatorum: Los funerales de los emperadores romanos*. Madrid, 1988, p. 116.

trina de Jahvé. Así pues, la primera esposa que tuvo David fue Mikol, hija de Saúl, la cual "amaba a David" a pesar de que se había pensado casar a éste con la hermana mayor, Merab. Mikol salvó a David, por medio de la estratagema del terafim disimulado en el lecho, de la ira de su propio padre que, por celos, quería matar a David⁽¹⁷⁾. Tras la muerte de Samuel, David bajó al desierto de Parán y allí conoció a Nabal de Carmelo, riquísimo propietario cuya mujer se llamaba Abigaíl y era de buen entendimiento y bella presencia, precisamente en contraste con su marido que era duro de carácter y de obras. El encuentro entre David y Abigaíl se relata en el cap. 25 del mismo libro I de Samuel, con todo detalle, constituyendo por sí mismo como un $\mu\tilde{\nu}\theta\omicron\varsigma$ independiente dentro de la narración total. Abigaíl, con su prudencia y sus ofrendas, conseguirá aplicar la ira de David contra Nabal, que se habían enfrentado por rivalidades propias de comunidades agropecuarias. Bien es sabido que, tras la muerte de Nabal, Abigaíl se convirtió en la segunda esposa de David viviendo todavía Mikol. Es más, poco después, David tomó también por esposa a Ahinoam de Israel, probablemente para estrechar lazos con las tribus. Estas dos esposas, Abigaíl y Ahinoam, se mencionan frecuentemente en otros pasajes como legítimas de David y están junto a él en el momento solemne en que, muerto Saúl a manos de los filisteos, David es ungido en Hebrón como rey de Judá. (*II Sam.*, 2). Esta deseada poligamia, según el autor o autores de estos Libros históricos, se resuelve favorablemente sin lugar a dudas para consolidar la descendencia de David y de su casa, al decirse textualmente que "la casa de David se iba fortaleciendo a la par que la casa de Saúl iba debilitándose" (*II Sam.*, 3), como ya había anunciado Jahvé por boca del profeta Natán que consolidaría la descendencia y realeza de David para siempre. (*I Sam.*, 7, 12 ss.). Y así, intencionadamente, comienzan a enumerarse tras la reafirmación de la estabilidad de David todos sus hijos: el primogénito fue Amnón, hijo de Ahinoam; el segundo, Kilab, hijo de Abigaíl; el tercero, Absalón, hijo de Maaka princesa de Gesur; a los que siguieron respectivamente Adoniyá, de Haggit; Sefatyá, de Abital, y Yitream, hijo de Eglá. Todos ellos nacieron en Hebrón, destacándose cómo David se había unido legalmente a cuatro nuevas mujeres cuyos nombres no había aparecido antes en el relato bíblico.

Tras la muerte de Isboset, David reinará también sobre Israel. Tenía entonces treinta años y "el Dios de los ejércitos" estaba con él. (*II Sam.*, 5). Su poder aumentaba progresivamente y llegó a entablar relaciones con Tiro. También ahora David "tomó concubinas y mujeres en Jerusalén y le nacieron todavía hijos e hijas" de los que el cronista menciona los nombres. Llegamos así a uno de los episodios más trascendentes de la vida privada de David, concretado en su encuentro con Betsabé y los procedimientos ilícitos que el rey utilizó para hacerla suya. Con ocasión de haber enviado sus ejércitos para acabar con los hijos de Ammón y sitiar Raba, David quedó en Jerusalén y, al atardecer, "paseando por la terraza de su palacio, vio a una mujer que se estaba bañando y la mujer era muy hermosa". (*II Sam.*, 11, 2). El rey, aun sabiendo que Betsabé era esposa de Urías, el hitita, se acostó con ella y ella concibió un hijo. La artimaña de David al ordenar que Urías fuese puesto en el lugar más peligroso del combate, dio

(17) *I Sam.* 18 y 19. Mikol fue dada posteriormente por su padre en matrimonio a Palti, de Gallim, pero nada se dice de que fuera repudiada por David. Al contrario, en *I Sam.* 25,44 se le etiqueta como "mujer de David".

su resultado y Betsabé quedó viuda. La Biblia es muy clara en su narración posterior (*vers.* 27 ss.). Una vez que Betsabé, enterada del accidente, concluyó el duelo por su marido : "envió David y la recogió en su casa y fue su esposa y le dio a luz un hijo. Pero pareció mal a los ojos de Jahvé lo que había hecho David". La preciosa parábola expuesta por el profeta Natán impulsó a David al arrepentimiento y Dios le perdonó, sin embargo el hijo engendrado tras esa unión, murió. (el relato ocupa prácticamente todo el cap. 12). Como habíamos adelantado en líneas anteriores, David imploró a Jahvé por su hijo al ver que estaba enfermo, y ayunó y durmió en la tierra, pero al séptimo día murió el niño. Una vez ocurrido el hecho, "David se levantó de la tierra, se lavó, se ungió, se cambió de vestidos y entró en el templo de Jahvé, se prosternó y después se fue a su casa y pidió que le pusieran comida y comió". Desconcertados sus siervos ante esta actitud, David justificó su penitencia previa a la muerte del niño como un medio de implorar a Jahvé que cambiase sus designios sobre su hijo, pero, una vez muerto, la realidad del hecho y la constancia de la otra vida, hicieron que David pensase en el presente y conformase el futuro con la esperanza de un reencuentro con aquél en una vida perdurable tras el tránsito físico. Por todo ello, volvemos a repetir, Ambrosio de Milán no podía haber encontrado mejor paradigma para la muerte de Valentiniano II que, al igual que este príncipe bíblico, murió también prematuramente e, incluso, emperador.

Quizá sería demasiado extremado pensar que el fruto de estos amores de David, en principio adúlteros, muriese como un castigo, pues poco después Betsabé volvió a engendrar y el fruto fue Salomón. La misericordia de Jahvé, que siempre perdona, no se hizo esperar pues este hijo, la semántica de cuyo nombre indica bíblicamente "amado de Jahvé", será quien heredará rotundamente el trono de su padre con preferencia a sus hermanos nacidos de otras esposas de David. Creemos que esto es muy importante para justificar la versión del doble matrimonio de Valentiniano I en la historiografía de Sócrates. El hijo que en la Biblia realmente perdura, que lleva a magnificencia el reino de su padre por encima de luchas e intrigas de otros hermanos es, precisamente, el de la esposa que ha sido asumida en circunstancias, digamos desconcertantes, al igual que lo fue Justina. Betsabé y Justina pueden, por tanto, caminar de la mano a pesar de que, como dijimos, la persona de Valentiniano II, con ser más perdurable en el tiempo que la de los otros miembros consanguíneos, no fuera absolutamente decisiva para la continuidad del Imperio. Pero tampoco sería lícito olvidar que del matrimonio de Gala con Teodosio nació Gala Placidia que en el 417 casó con Constancio III, emperador, y de esta unión nació el emperador Valentiniano III.

Por su parte, la escenificación del momento en que se manifiesta la belleza de ambas heroínas, por así decirlo, la bíblica y la histórica, la ambientación locativa de esta epifanía física que les hará llegar a reinar es idéntica en ambas fuentes, es el baño. Y será su perfección física la que impulsará tanto a David tanto a Severa, como casi un *alter ego* de su marido en el autor de Constantinopla, a garantizar la incorporación de estas mujeres a las dinastías reinantes. Las fuentes, cuando las introducen, no hablan de ninguna otra cualidad a excepción de su belleza, como elemento de atracción sensible que producirá un efecto inmediato.

Sin embargo, hay que recalcarlo ya para terminar, la belleza no es excluyente de otros atributos que marcadamente se fueron evidenciando en ambas mujeres cuando la historia les enfrentó a diversas gestiones políticas en que ambas hicieron gala de su di-

plomacia. Lo hemos visto en Justina. En el caso de Betsabé, (*I Rey. 1*) se explica con todo detalle cómo su habilidad consiguió que su hijo Salomón llegase a ser el único heredero de David, ante las pretensiones de su hermanastro Adonías quien tenía en la corte más de un partidario. Aconsejada por el profeta Natán, Betsabé recordó implorante a David el juramento que había hecho ante Jahvé de que su hijo Salomón se sentaría después de él en el trono, a la vez que le informaba astutamente del complot de Adonías, quien ya se comportaba como rey. En consecuencia, Salomón fue ungido rey, con el cuerno de aceite, por el sacerdote Sadoq, y "se sentó en el trono de David su padre y el reino se afianzó sólidamente en su mano". De forma paralela, se había visto como Justina se comportó como una verdadera emperatriz, asesorando a su hijo en los asuntos de estado, implorando a Teodosio reaccionar frente a Máximo e, incluso, queriendo innovar legislativamente en favor de los arrianos.

Los argumentos expuestos han intentado mostrar, tras la revisión paralela de las fuentes históricas, y esencialmente las fuentes cristianas, con las bíblicas, que estaba vigente una tradición sobre el rey David la cual ofrecía un amplio campo paradigmático para glosar los hechos de la familia imperial Valentiniana con un sentido trascendente, dado el paralelismo esencial de muchos acontecimientos, y cómo la desconcertante ley matrimonial de Valentiniano I pudo estar apoyada por la consideración válida de la poligamia del rey David, independientemente de la realidad histórica que pueda contener la noticia del *Chronicon Paschale*.

* Las fuentes utilizadas se han leído en las siguientes ediciones críticas: las fuentes cristianas en *Migne, PG y PL* respetivamente. AMIANO MARCELINO en Loeb, III vols., translation by JOHN C. ROLFE, 1972. El *Epitome de Caesaribus* en Teubner. Recens. FR. PICHLMAYR, 1970. *Zosimo* en "Les Belles Lettres". III vols. Texte établi et traduit par FRANÇOIS PASCHOU, 1971-79. El *Chronicon Paschale* en *Monumenta Germaniae Historica*. Auctores antiquissimi, 9. Edidit TH. MOMMSEN. München, 1981(reimp.).